

LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 262.—1.º de Febrero de 1881.

*Dios es caridad, (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

SECCION DE BENEFICENCIA.

EN NOMBRE DE LOS POBRES.

D.^a E. F. de C.—Los dos números extraviados, los remitiríamos gratis con mucho gusto á suscriptor tan constante, por lo cual recibimos los 10 rs. como limosna, muy agradecida y tan oportuna cuando el frio hace más terrible la miseria.

D.^a M. G.—Una familia infeliz consolada con los 50 rs. agradece con nosotros la limosna y pide á Dios por el que V. llora y cuya memoria honra haciendo bien.

LOS NIÑOS PERDIDOS.

Quien ha visto el temor angustioso de una madre que no sabe dónde está su hijo, cómo corre á los lugares en que cree de seguro que estará, luego á donde quiera que tiene remota esperanza de encontrarle, despues sin saber á dónde, y por último cómo cae rendida y desolada diciendo:—No parece!— Quien ha oido sus fúnebres presagios, al considerar todos los peligros á que se halla expuesto el querido de su corazon, que en su debilidad y abandono, no encontrará quien le consuele; el que se haya encontrado con un niño que llora, llora, llora, y á las preguntas de *¿dónde vives? ¿cómo te llamas?* responde con llanto inconsolable y palabras ininteligibles; el que se haya compadecido de este cuadro de dolor, compren-

derá el consuelo que le procura *La Sociedad Protectora de los niños*, y aplaudirá la feliz idea que ha tenido de establecer en sus oficinas, calle de San Márcos, 31, principal, un departamento donde se reciben los niños perdidos, que hallarán en él una señora que los trate con cariño, y alimento y cama, hasta que sean recogidos por sus familias. No hay para qué encarecer la ventaja que esto proporciona á los desolados inocentes: en vez de llevarlos á la prevencion donde acaso se confunden con criminales ó mujeres de mal vivir, ó á la casa de socorro, donde tal vez se aterran con los ayes del herido que llega, ó el quejido de la operacion cruenta, se ven acariciados por una mujer, que enjugará sus lágrimas, y comprenderá su media lengua. Felicitamos á la Sociedad Protectora por su maternal inspiracion, y rogamos á todos que cada cual en su círculo, dé publicidad al pensamiento, para que produzca la mayor suma de bien posible.

EL MAL SOCIAL.

I.

Pobreza.

I. Significado propio de las palabras pobre, indigente, miserable y mendigo: desvalido, necesitado y menesteroso.—II. Causas del mal.—III. Su verdadero concepto.

I.—Aunque se confunden con frecuencia las palabras *pobre*, *indigente*, *miserable* y *mendigo*, tienen una significacion gradual distinta.

Son *pobres* los que no poseen otro medio de subsistencia que el producto de su trabajo, cuando es insuficiente ó apenas basta para satisfacer sus necesidades diarias; *indigentes*, los que no tienen ni trabajan para adquirir; *miserables*, los indigentes habituales y harapientos; y *mendigos*, los que piden públicamente limosna (1).

Con frecuencia la *pobreza* se convierte en *indigencia*; ésta

(1) Vives llama *pobre* á todo el que necesita de otro. (*Tratado del socorro de los pobres.*)

en *miseria*, y todas, á su vez, se traducen prácticamente por la *mendicidad*, su forma más tangible y plástica, siquiera la misma no acuse siempre falta de recursos.

Las palabras *desvalido*, *necesitado* y *menesteroso* tienen significaciones menos precisas, y casi siempre se emplean como sinónimas de las anteriores.

II.—Es más propio de publicaciones de otra índole estudiar las causas de la pobreza. Algunos escritores las explican por el dictado de las letras divinas, desesperanzados de encontrarlas en la ciencia humana, y otros las buscan en el constante desnivel que los individuos y las sociedades acusan entre sus necesidades y los medios de satisfacerlas, y que la Historia, al parecer, sanciona. Pero estudiando los estadistas más distinguidos el verdadero estado social y las causas que, cuando no crean, agravan los males de la humana naturaleza, reconocen alternativamente, como enfermedades ó como remedios, las leyes políticas ó las económicas, el celibato (1) ó la imprevisión, el aumento (2) ó el decrecimiento de población, la falta ó el exceso de producción, el progreso ó el atraso industrial, la libertad fabril ó los gremios, la libertad mercantil ó las aduanas, la concurrencia ó la organización, la libertad ó la reglamentación de la caridad, y el exceso ó la reducción de los gastos públicos.

Son, sin embargo, causas indiscutibles de pobreza, la ignorancia, la imprevisión y el vicio bajo todas sus formas, la de prostitución, por ejemplo (3), las enfermedades y los demás accidentes domésticos, las prevenciones populares, las calamidades y los desórdenes públicos, y los errores de la Administración.

Unas veces la causa de la pobreza existe en el mismo individuo, y nace otras de nuestra viciosa organización social; es por esto *voluntaria* ó *involuntaria*, y *accidental* ó *permanente*.

Existen seres incapacitados del trabajo, temporal ó péтуamente, por una enfermedad del cuerpo ó del espíritu,

(1) Morin.

(2) Malthus.

(3) Dufour.—*Historia de la Prostitucion*.

pobres *inválidos*; y otros *válidos* ó útiles para el trabajo, pero que, sumidos en la inacción, han agotado sus recursos, ó, aunque laboriosos y ocupados, no reciben en cambio una retribución equivalente á sus inexcusables necesidades.

III.—Por esto la cuestión de la pobreza es, al par que social, económica, moral y política.

Estas mismas circunstancias hacen de la pobreza un concepto relativo: que sufrirá especialmente las modificaciones de tiempo y de localidad; porque pobre es en un estado de cultura quien en otra época de atraso pudiera pasar por bien asistido.

Mientras haya hombres fuertes y débiles, trabajadores y holgazanes, ingeniosos y cortos de entendimiento, hábiles y torpes, previsores y pródigos, y, sobre todo, afortunados y sin ventura, necesariamente habrá también ricos y pobres (1).

La pobreza es necesidad de la asociación humana, y una como enfermedad crónica de la misma.

Los anales del mundo no registran un Estado tan afortunado, que lograra extinguir la pobreza por solo la eficacia de su sabia legislación.

Esto explica cómo los escritores que no sienten fé religiosa ni amor al prójimo, y cuyo génio no puede levantarse á más serenas regiones ni vislumbrar un porvenir mejor, se horrorizan ante la actual desigualdad social y solo ven su lado afflictivo é irritante. Para unos, dicen, bienestar presente y porvenir asegurado, vida regalada, consideración y respeto; para otros, pobreza y privaciones, hoy como ayer, mañana probablemente como hoy. Miran la sociedad bajo el punto de vista puramente económico, y descubren que la pobreza es una evidente perturbación. El consumo de los pobres se les presenta, como el de los ociosos, entre los absolutamente improductivos y nocivos, porque disminuye el fondo común del trabajo general. La ley de cambio y de socorro mútuo que la sociedad entraña, exige, con este criterio, para sostenerse en condiciones normales y sin daño de nin-

(1) *Nam semper pauperes habetis vobiscum.* (San Mateo): cap. XXVI, versículo 11.

gun asociado, el cambio de servicio y de utilidades equivalentes.

Pero bajo el punto de vista moral, el género humano es una sociedad de Beneficencia más bien que una asociación de cambio; y al considerarla así, y recordar las delicias inexplicables y las tranquilas satisfacciones que la Caridad nos proporciona, y ver cómo su ejercicio socorre, enseña, cura, corrige, consuela y nivela, y levantar la mirada á otro mundo mejor, se descubren las leyes de armonía que gobiernan la creación, hasta en sus más pequeños detalles morales y materiales, y se ve cómo el error, la necesidad y el vicio evidencian las bellezas de la ciencia, del consuelo y de la rehabilitación; y se comprende, en todo su majestuoso poder, el progreso humano, ley de nuestra historia y vida de la humanidad.

II.

Pauperismo.

I. Su verdadero carácter.—II. Sus causas.

I.—El pauperismo (1) es la condensación y permanencia de todos estos males sociales en grandes centros de población, y especialmente en la clase obrera, por efecto de las crisis industriales.

Inglaterra nos enseña, en los tiempos modernos, esta llaga enorme y repugnante, en medio de sus grandes riquezas y civilización. Después de la reforma parlamentaria se ocupó más de tan grave mal. Las comisiones enviadas á Irlanda evidenciaron horrores que demandaban urgente remedio. El cólera alarmó á los ricos, temerosos de que la infección de aquellos antros se propagara á sus palacios. Los pobres aprendieron á organizar la insurrección, y la industrial Sheffield fué reducida á cenizas al grito de «más vale la muerte que el hambre.»

(1) Nuestros publicistas del siglo XI usaron la palabra *pobrismo* en análoga acepción.

La palabra *pauperismo* se formó con el adjetivo latino *pauper* (pobre), y la terminación inglesa *ism*, que siempre significa aumento de intención ó de intension en lo significado por la radical á que se une.

Siquiera sea el pauperismo mal indudable, como son horribles sus consecuencias, y aunque la aglomeracion de obreros y el exceso de produccion lo agravaron con frecuencia, no debe suponerse irremediable, ni consecuencia inexcusable de la civilizacion moderna.

Puede desaparecer tan asoladora manifestacion de la pobreza, subsistiendo esta con las consideraciones religiosas, filosóficas y sociales que la abonan, y dando ocasion á la santa virtud de la caridad, que no perturbará la hermosa concordia del universo mundo, como la perturbaria la supresion utópica de todas las desigualdades naturales, que son sus inexcusables manifestaciones sociales.

II.—Mucho preocupan y muchos debates ocasionan las causas del pauperismo: se pretende dogmatizarlas con exclusivismo, y como la cuestion es compleja, se incurre en error. El pauperismo reconoce causas morales, sociales, económicas y políticas, generales y locales, remotas y próximas, más ó menos permanentes y evidentemente transitorias. La ignorancia y la inmoralidad, con su obligado séquito de imprevision, derroche, vicio y crimen, son las principales causas morales. Y en el vago concepto de causas sociales y económicas, figuran casi todos los problemas y complicaciones de esta índole, verdaderas causas unas veces, efecto ó manifestaciones más bien en otras ocasiones, inexcusables en muchos casos, y transitorias casi siempre: figuran el aislamiento del obrero y su escaso salario; las máquinas y la division del trabajo; el sistema restrictivo; las rifas, las loterías y las fiestas; el exceso y la injusticia de los impuestos; el desnivel de la poblacion y de la produccion; el abuso del crédito; la mala aplicacion de la caridad y la inconveniente gestion de la beneficencia; el desarreglo de la propiedad, etc., etc. Las agitaciones, las guerras, las epidemias y las carestías son causas pasajeras y generalmente locales. La mala direccion de los intereses públicos resume y sintetiza todas las causas políticas del pauperismo.

III.

Mendicidad.

I. Sus caracteres y clases.—II. Sus inconvenientes.

I.—La mendicidad no es la pobreza ni el pauperismo. Aunque la pobreza no ha podido ser remediada, y tiene un fundamento natural en las mismas desigualdades naturales de los seres humanos, la mendicidad está prohibida en muchos pueblos y hecha innecesaria en otros; y es lícito en el concepto jurídico, y no contrario á la doctrina evangélica de la caridad, socorrer á los necesitados por otros medios más conformes con el bien público y con la moral social, que la limosna.

Hay, sin embargo, diferencias manifiestas y de trascendencia social entre unos y otros mendigos. Y no es ya solo porque inspiren diferentes consideraciones y aconsejen medidas diversas el acongojado sér cantado por Abenamar y el excéptico y alegre que inspiró á Espronceda; es que, como de los pobres he dicho, hay tambien mendigos inválidos y válidos, y avaros (1) y criminales.

II.—La mendicidad fomenta todos los vicios, relaja los hábitos de trabajo, fatiga y agota la compasion, y roba á los verdaderos pobres los socorros de la caridad.

Saavedra, lamentándose de la libertad en la mendicidad, decia, «que ninguna cosa es más dañosa en que marque la liberalidad y bondad si no guardan modo.»

Si muchos la defendieron, á pesar de estos inconvenientes, con sana intencion aunque con espíritu preocupado, acaso lo hicieron no pocos por el mundano espíritu de vanidad á que se presta la limosna pública, ó por el egoista propósito de salvar de ataques menos escusables su avaricia.

IV.

Limosna.

Sus clases, ventajas é inconvenientes.

Las limosnas pueden ser individuales ó colectivas, darse

(1) En el año 1838, murió en Lexden, condado de Essex, un mendigo llamado Tomás Humm, dejando la fortuna de 1.700.000 libras esterlinas amontonada mendigando.

en la calle ó á domicilio, y por la Administracion pública ó por los particulares.

Las limosnas individuales son preferibles á las colectivas, porque pueden darse con mayor conocimiento de causa y más oportuna y adecuadamente. Las dadas en la calle exponen á graves equivocaciones, como inspiradas generalmente por impresiones de momento, y pueden con más facilidad, por el peligro de satisfacer necesidades fingidas, fomentar la ociosidad y el vicio, y hacer de la mendicidad un oficio inmoral y peligroso. Las dadas á domicilio tienen circunstancias recomendables: permiten más igualdad y justicia en su distribucion, porque hacen posible mayor conocimiento de las necesidades. Y las distribuidas por la Administracion son muy expuestas á injustas desigualdades, á fraudes y á abusos.

Las limosnas, como todo lo bueno, no carecen de peligros, y por cierto que, como que los peligros del bien no alarman, pocas veces hay la prevision de evitarlos.

Las limosnas indiscretas no solo sustentan á holgazanes, sino que los crian, de forma que más bien dañan que se pierden.

No por esto me excusaré de recomendar con una distinguida escritora (1), que rechacemos todo género de preveniciones en el reparto de la limosna, y que la dispensemos con delicadeza y con prudencia.

«En el distribuir las limosnas, dice San Gerónimo, conforme con las recomendaciones de los Librossantos (2), guardad esta regla: que no deis á ninguno cosa más de lo necesario para la comida y vestido, para las necesidades manifiestas; porque no se coman los perros el pan de los hijos. No deis la hacienda de los pobres sin discrecion á los que no lo son, que con la liberalidad perezca la liberalidad (3).»

Fray Luis de Granada decia: «El deseo de hacer bien, por pobre que sea, nunca le falta por qué lo haga. Y cuando le falta la hacienda, á lo menos no falta la persona; por donde

(1) Doña Concepcion Arenal. *Manual del Visitador del pobre*, capítulo XIII.

(2) *Si benefeceris, scito cui feceris*, (*Eclesiástico*, cap. XII, vers. 1.)

(3) *Epístola á Paulino*.

si no tiene que dar, puede servir y trabajar, que á las veces importa más (1).»

Esto es ilustrado y digno.

Nada de limosnas, nada de hospitales,—escribia el convencional Barrere, en el preámbulo de la ley de 19 de Mayo de 1793,—la vanidad sacerdotal es la que ha inventado la limosna.»

Esto solo por el fanatismo político puede explicarse.

V.

Vagancia.

Su carácter y funestas consecuencias.

Se dicen vagos en el lenguaje comun los que no tienen oficio ni ocupacion conocida, no cuentan con medios lícitos de subsistencia, ni fijaron su domicilio. Vagabundos y vágamundos se dijeron tambien en nuestra lengua. De holgazanes y de ociosos son calificados con razon (2). Y están, no puede negarse, en constante peligro de ser presa de los vicios, y en vecindad alarmante con el delito y con el crimen.

La vagancia es contraria á la moral y al progreso, porque niega prácticamente el espíritu de sociabilidad que anima al hombre, y que es la más sólida base de la familia, del pueblo y de las nacionalidades. La vagancia es cuando menos infecunda para el bien. De ordinario, como que tiene por origen la repugnancia al trabajo que moraliza, es la causa ocasional de los delitos privados y de las perturbaciones públicas. Y alejando del trabajo y de sus virtudes, es permanente ocasion de vicios y de delitos.

(*Se continuará.*)

FERMIN H. IGLESIAS.

(1) *Del Amor de Dios*. Tratado VIII, cap. IV, § 4.º

(2) Esta clase social, plaga y deshonra de los pueblos, ha sido por nosotros conocida con los nombres de baldíos, bigardos, haraganes, vagabundos, sopistas, galloferos, capigorriones, tunos, sobejanos, gandayas, galopines, picaños, arlotes, andadores á la briba y á la tuna, pedigones, gente suelta y desarraigada.

LA CASA DE CARIDAD EN BARCELONA.

La *Casa de Caridad* ú hospicio de Barcelona es uno de los principales establecimientos de la beneficencia provincial de aquel país, y de los más vastos y mejores de su clase que hay en España. Ha sido además desde su fundacion, que se remonta al año 1802, ancho y fecundo campo, en que se ha ejercitado de la manera más fervorosa la caridad de los barceloneses.

No es la primera vez que nuestra Revista se ha ocupado de este asilo. Ya en el número 86, correspondiente al día 1.º de Octubre de 1873, hablamos de él con elogio; pero hoy nos vemos estimulados á repetirlo porque, en los ocho años transcurridos desde entonces, el establecimiento ha entrado en nuevas vias de progreso, de mejora y de engrandecimiento. Así aparece en la memoria que su Junta de gobierno acaba de publicar, referente á la administracion de la época reciente, la cual comprende desde Setiembre de 1878 á fin de Junio de 1880. Ya otras veces se publicaron memorias semejantes de aquel asilo, y seria muy útil que se hiciese lo mismo en los principales establecimientos benéficos de España, para que el Gobierno y el público tuviesen conocimiento de su verdadero estado.

Mucho hay que examinar y que admirar en el de que nos ocupamos; pero para que sepan apreciarlo los que no lo pueden visitar personalmente, conviene fijarse ante todo en dos circunstancias principales, que son la poblacion que alberga y el edificio en que se halla.

Respecto á la poblacion, en Junio de 1880, á que llega la memoria, ascendia á 2.224 individuos, en esta forma:

Sacerdotes	2
Celadores.....	16
Hermanas de la Caridad.....	58
Practicantes de Farmacia.....	2
Asilados niños.....	650
Idem niñas.....	321
Idem hombres.....	480
Idem mujeres.....	468
Ausentes con licencia.....	70
Colocados fuera como aprendices y sirvientas....	117
Reclusos en el manicomio provincial.....	40

Estas cifras demuestran elocuentemente la extension grande que abraza el establecimiento, y hacen admirar los cuidados, atenciones y detalles que exige la manutencion, el vestido, la enseñanza y la moralizacion de dos mil desdichados reuni-

dos en un solo recinto. El presupuesto anual de gastos asciende á 580.611 pesetas.

Cuando algunas personas ricas y benéficas piensan en la fundacion de un establecimiento de caridad particular, suelen fijarse en una escuela de 30 niños, ó un hospital de 50 camas, ó un hospicio de 100 acogidos. Con este número se cree posible y fácil el amparo de los albergados, porque forman una gran familia; pero la *Casa de Caridad* de Barcelona no es una familia, sino un pueblo, con más habitantes de los que cuentan muchos pueblos en España. En ese pueblo, sin embargo, no hay, como en otros, hogares distintos, en que cada padre de familia cuida de la suya, sino que todo está bajo una Administración central, que apenas parece posible que atienda, y sobre todo que atienda bien, á tan gran número de personas. Todavía resalta más esto al considerar la calidad de esa poblacion aglomerada; pues no es uniforme y que exija una misma asistencia como los soldados de un regimiento ó los monjes de un convento, sino que es heterogénea y variada, viéndose el niño, que de todo necesita; el jóven, que exige completa educacion; el enfermo, que requiere la asistencia de un hospital; el anciano decrepito, que reclama casi más que el niño, y hasta el infeliz idiota, para quien el asilo de beneficencia ha de tener carácter de manicomio.

La segunda circunstancia notable que salta á la vista apenas se llega á los umbrales de la casa, es su emplazamiento fatal y la clase de edificio, viejo, compuesto de adiciones y remiendos, y sin tener las condiciones higiénicas que son indispensables en toda vivienda de gente aglomerada, y mucho más siendo gente pobre.

En efecto; cuando hace 78 años se fundó la *Casa de Caridad*, el edificio era mucho más pequeño y estaba en un extremo de la ciudad, rodeado de huertas y jardines. Despues, la poblacion ha crecido, las edificaciones han brotado por todas partes con esa tendencia de ensanches sucesivos, que hará de Barcelona dentro de algunos años una de las más grandes ciudades de Europa; y por resultado de esto, la *Casa de Caridad* se vé hoy rodeada de calles, no anchas, y de casas que no son palacios, formando el centro de uno de los barrios más populosos, sin ese desahogo y ventilacion higiénica tan necesarios para la salubridad de los asilados. Esta fatal condicion es de esperar que desaparezca, porque la Junta de gobierno, autorizada por la Diputacion provincial, se está ocupando en la formacion del proyecto para levantar un nuevo edificio en punto más conveniente; pero mientras se realiza, lo cual ha de tardar necesariamente algunos años, esas mismas condiciones anti-higiénicas hacen que sean más laudables, por lo mis-

mo que son tan provechosos, los esfuerzos celosos é inteligentes con que la Junta de gobierno combate aquellos malos elementos y trasforma en local relativamente sano é higiénico lo que debiera ser foco de insalubridad, fatal para los asilados y peligroso para la ciudad.

El resultado de esos esfuerzos se comprueba con los estados de mortalidad que leemos en la Memoria, segun los cuales, las defunciones anuales guardan la proporción de 11,42 por ciento de la total población albergada. Esta cifra es consoladora, si se tiene en cuenta que una mitad próximamente de esa población se compone de niños que llegan allí raquíticos y de ancianos decrepitos, y que los enfermos no se trasladan ya al Hospital provincial, como sucedía antiguamente, sino que son asistidos en las espaciosas enfermerías de la casa.

Después de este punto tan importante en toda aglomeración de pobres, los demás, á que se extiende la administración del establecimiento, revelan un celo tan ilustrado como fervoroso por parte de los dignos individuos de la Junta de gobierno, secundados y protegidos por la Diputación provincial, de quien son delegados para esta importante misión. Una rápida ojeada bastará á demostrarlo.

Sabido es que una de las bases principales para la buena administración de los establecimientos de beneficencia es la clase de personas á quienes se confía en sus detalles interiores y domésticos, porque las juntas de gobierno hacen mucho, estudiando lo mejor y mandando lo más conveniente, pero no pueden descender á todos los detalles de ejecución. Pues bien; en estos dos últimos años se han establecido allí las Hermanas de la Caridad para esa administración interior. Al hablar de esta importante mejora, son notables las palabras de la citada Memoria. Dice así:

«Las personas encargadas del cuidado inmediato de los
 »infelices no estaban á la altura de la misión, que á su cargo
 »tenían, precisamente porque debían ser instrumentos de una
 »alta misión de humanidad y ellos juzgaban, y tal vez no po-
 »dían juzgar de otra manera, que lo que les estaba confiado
 »no era una misión, sino un servicio. Esta es la inmensa di-
 »ferencia que media entre ser criado de pobres y serlo de
 »ricos. El servir á los ricos es un oficio que se recompensa
 »con dinero, al paso que el servir á los pobres es un minis-
 »terio, cuya principal remuneración es la voz de la conciencia
 »y el aplauso del alma.

»No basta cumplir matemáticamente un reglamento ma-
 »terial para satisfacer los deberes que la Caridad impone; es
 »preciso que los que á servir los indigentes se dedican, no
 »solo trabajen con las manos y se muevan con los piés, sino

»que es indispensable que se mueva y trabaje el corazón;
 »porque el pobre necesita solicitud, cariño, afectos, cosas que
 »no se contratan, habilidades que no se compran. Cuando un
 »Establecimiento de la índole del nuestro solo marcha por
 »impulso reglamentario, parécese á una vasta máquina de
 »cuyos acompasados movimientos no fluye la vida. Los seres
 »condenados á existir bajo el régimen vejetativo, no viven;
 »fáltales el aliciente de protectores y guías, que sabiendo que
 »son agentes de un orden providencial, comparten los sufrimientos y los goces de sus encomendados y procuran, por
 »propio aliento, disminuirles los primeros y multiplicarles
 »los segundos.»

Con una Junta que así discurre y con un instituto como el de las Hermanas de la Caridad, tan ventajosamente acreditado, las consecuencias se han experimentado muy pronto en beneficio de los acogidos, que no en balde el fundador de ese instituto, Vicente de Paul, es llamado santo por la Iglesia y padre amoroso por la humanidad desvalida.

En materia de religion se observa allí el mejor espíritu. Si todos necesitamos ser religiosos, lo necesitan mucho más los pobres, porque su ignorancia y su miseria requieren, especialmente, consuelo y resignacion cristiana. Hé aquí cómo se expresa la Junta sobre este punto:

«Aspira la Junta á que sus administrados sean cristianos por conviccion, y entiende que los medios persuasivos son los más conducentes á este resultado. El pobre, que carece de porvenir en la tierra, necesita endulzar su triste actualidad con el bálsamo de la resignacion y la esperanza de un futuro bienestar.»

La instruccion es otra base importante. El desamparo de los acogidos cuando ingresan en la casa suele ser causa y efecto á un mismo tiempo de su lamentable ignorancia. A destruirla se encaminan los esfuerzos de la junta: á todos se dá instruccion primaria, religiosa é intelectual; y se dá con tal provecho, que de aquella casa han salido no solo muchos obreros útiles é inteligentes, sino directores de talleres, estudiantes aprovechados en carreras literarias y científicas, maestros de instruccion primaria y hasta algunos artistas notables.

Con la enseñanza industrial se enlaza el trabajo en talleres, que es tambien base de buena organizacion. ¡Qué seria de una masa de 2.000 personas encerradas y ociosas! ¡Espanta el pensarlo! No sucede así en la *Casa de Caridad*: allí trabajan todos, excepto los que están impedidos por su edad ó por enfermedades.

Tambien en este punto la Junta de gobierno sigue lo

buenos principios de administracion. No considera el asilo como un establecimiento industrial, en que su dueño aspira solo á producir mucho y á ganar más. En la *Casa de Caridad*, aunque el producto del trabajo es importante y disminuye mucho los gastos, porque los asilados elaboran sus trajes y la mayor parte de los objetos que necesita la casa, no es este el principal objeto del trabajo. El verdadero es la enseñanza industrial y esa educacion obrera que, cuando es buena, forma hábitos de laboriosidad y estímulos para la perfeccion del trabajo. Por eso, en vez de dedicar los acogidos á dos ó tres manufacturas, las más usuales ó las más productivas, como suele suceder en otros asilos, en el de Barcelona hay aprendices y operarios para 28 industrias manuales ó fabriles. De este modo se atiende á la aficion y aptitud de cada uno y se facilita á todos ventajosamente la enseñanza de un oficio que les servirá en el porvenir de medio de subsistencia y de elemento moralizador.

Hariamos sobrado extenso este artículo si descendiéramos á otros detalles interiores de la vida de los asilados y de la administracion paternal con que se les cuida. Baste decir, que en la parte material cada dia hay nuevas obras, nuevas mejoras, nuevas máquinas, entre ellas una importante para lavar y secar las ropas, y un sistema cada vez más perfeccionado para ventilar y hacer sano un establecimiento de condiciones tan mal sanas. En cuanto á la parte moral, los esfuerzos se dirigen á desarrollar en todos los terrenos aquellos sábios principios de que no vive el hombre solo de pan, y que seria imperfecta una caridad que se limitase á dar á los pobres albergue y comida, descuidando la educacion y los intereses de su alma y de su inteligencia.

La Diputacion provincial de Barcelona y la Junta de gobierno de la *Casa de Caridad* pueden estar satisfechas de su obra. Es laudable bajo todos conceptos; es modelo digno de imitacion, y es una demostracion más de lo que vale y de lo que puede el génio y la constancia laboriosa de los catalanes (desgraciadamente no siempre bien apreciado), cuando se dedica á empresas tan útiles como lo son siempre todas las de beneficencia.

ANTONIO GUEROLA.

CIENCIA Y BENEFICENCIA.

Varias veces ha dicha LA VOZ DE LA CARIDAD, que no solo con socorros materiales debe auxiliarse á los pobres. Estos

en efecto, no lo serian tantos ni en tan gran número si á su miseria económica no se uniese la intelectual; por eso son dignos de elogio cuantos esfuerzos se hagan para sacarlos de ella. Es de notar una circunstancia que influye poderosamente en el sentido que generalmente se dá al ejercicio de la Caridad; casi todo el mundo conduele y compadece al sér que tiene hambre ó frio, y es preciso tener un corazon bien duro para ver de cerca sin aliviar, pudiendo, al que padece gran miseria material; puede asegurarse que la mayor parte de las veces no es socorrida por la distancia que separa á los que sufren de los que tienen medios de ampararlos. Pero con la miseria intelectual sucede todo lo contrario; primero, porque de ella padecen sin darse cuenta ni sentirla, muchos ricos, no pocos que gozan de honesta ó mediana fortuna y casi la totalidad de los pobres; despues porque apenas hay quien se preocupe de los estragos que causa; por eso los pocos que tratan de remediarlos, merecen bien de todos los amantes de la humanidad. En España son aún menos que en otros países, desgraciadamente; hacen más falta que en ninguno, y el ánimo se complace cuando, por acaso, se percibe un esfuerzo que tienda á disipar la densa nube de ignorancia que envuelve á la casi totalidad de nuestro pueblo.

Acuden á la mente estas ideas al leer la noticia de que un particular, aislado en un rincon de la provincia de Badajoz, ha establecido á sus expensas una estacion meteorológica, un gabinete topográfico y una biblioteca; es decir, dos medios de difundir conocimientos útiles y los aparatos necesarios para que de ellos hagan uso los que tengan aptitud; porque han de saber nuestros lectores, que el Sr. D. Cecilio Lora, que así se llama el entusiasta propagador de la instruccion, no se ha limitado á establecer para su uso ó el de algunos pocos inteligentes los elementos que ha reunido en su posesion de Valdesevilla, sino que procura ponerlos al alcance de todo el mundo. La biblioteca, compuesta de 700 volúmenes de obras escogidas, en su mayor parte de aplicacion práctica, es pública, y no al modo en que esto se realiza en los establecimientos oficiales, donde todo son trabas, sino con facilidad extraordinaria, para disfrutar de los libros, reunidos allí por amor

al saber y con deseo ardiente de que contribuyan á su difusion en la más extensa esfera posible.

El gabinete topográfico está provisto de todos los instrumentos necesarios para levantar un plano, y su propietario los tiene á disposicion de cualquiera que sepa manejarlos; y no se crea que los presta durante unas horas ó dias para trabajos ligeros, sino que hasta un mes puede hacerse uso de ellos; y si esta es la regla general, y el plazo ya tan ámplio que en la mayor parte de las casas será más que suficiente, ¿quién duda que el generoso fundador lo prorogará siempre que algun trabajo especial é importante no permitiese al usufructuario terminarlo en treinta dias? Esto no será lo comun, y más bien acontecerá que los instrumentos topográficos estarán en el gabinete sin empleo largas temporadas, y cuando se usen no es posible que vuelvan con desperfectos, causados por la impericia ó el descuido; por eso es tanto más de alabar el generoso desprendimiento del Sr. Lora.

La estacion meteorológica está fundada con el mismo espíritu de amor á la difusion de la verdad; todas las observaciones se fijan á las nueve de la mañana en un punto visible del caserío de Valdesevilla, donde el público puede utilizarlas y tomar de ellas nota, si á tanto llega su interés. Además se remiten á los Ayuntamientos, periódicos y particulares que lo soliciten, con solo que satisfagan los gastos de telégrafo ó correo, bien en metálico ó bien en libros para la biblioteca, instrumentos para el gabinete, planos ó algun otro objeto útil y propio para el establecimiento. Como ven nuestros lectores, en las tres fundaciones resplandece el más puro amor á la propagacion de los conocimientos útiles. Y es más de alabar este propósito tan bien realizado, porque en España no tiene precedente, que sepamos, y aun es muy probable que el entusiasta iniciador no se vea alentado por el concurso del público, que mirará indiferente el alimento intelectual que se le ofrece; la inanicion del espíritu no se hace sentir por desgracia de tan punzante modo como las del cuerpo, y los que como el Sr. Lora procuran remediarla, no suelen recibir en nuestra patria ni el *Dios se lo pague* del mendigo.

F.